

¿Y cuál es el remedio a ese individualismo? Lo primero es ver si es un mal, o si apareciendo como tal no cabe convertirlo a bien, porque es evidente que de una misma madera se hacen los vicios y las virtudes, y que una misma pasión puede convertirse a bien o a mal.

Los siglos hicieron a nuestros remotos ascendientes pastores, y como pastores les hicieron haraganes, y yagabundos, y disgregados, y todas las demás cualidades que del ejercicio del pastoreo derivan; el tiempo, la vida urbana y civilizada, las necesidades que la concurrencia industrial y mercantil imponen hoy, el progreso, en fin, modificará ese fondo. ¿Cabe acelerar su obra y por qué medios? Esta es ya otra cuestión.

Diciembre de 1902.

SOBRE EL FULANISMO

MÁS de una vez se nos ha echado en cara a los españoles el que al formar partidos políticos, u otras agrupaciones análogas, nos adherimos más a la persona de Fulano o Zutano que no a sus ideas; que vamos tras de un nombre propio antes que tras de una bandera. A esto es a lo que llaman muchos el *fulanismo*.

Y así, en nuestros tiempos mismos, vemos que los nombres de canovistas, sagastinos, zorrillistas, castelarinos, etc., han privado sobre los de liberales, conservadores, progresistas y otros análogos. Hoy mismo ocupa el poder el partido llamado liberal conservador, y, sin embargo, sus adherentes se dividen en silvelistas y mauristas, según sigan al Sr. Maura o al Sr. Silvela.

También vemos que sobre las ruinas del antiguo partido liberal progresista, o como se llamaba últimamente, fusionista, lo que más se dibujan

son personas, y en primer lugar entre ellas el señor Canalejas, de quien se dice que se llevará la mayor parte de las huestes liberales, y formará el partido canalejista, que así lo llamarán todos.

Protestaba una vez el Sr. Salmerón de que se diera a los republicanos centralistas el nombre de salmeronianos, pero la gente entendía mejor esta denominación que no aquélla.

Las excepciones a esto han sido muy pocas, y una de las que ahora recuerdo es la de los federales pactistas —sinalagmáticos, conmutativos y bilaterales, como en son de chunga se les decía—, que siguiendo la jefatura del Sr. Pi y Margall muy rara vez fueron llamados piístas. Mas esto, a mi juicio —y a explayar este juicio tira el presente ensayo—, lejos de favorecerles les perjudicaba, y el hecho de que el Sr. Pi y Margall no hubiese llegado a hacer piístas, es lo que explica cómo, a pesar de su gran talento, de su acrisolada honradez y de su patriotismo, no ejerció en la vida política de nuestra España la acción que otros, acaso inferiores a él en talento, honradez y patriotismo, han ejercido. Fué demasiada doctrina y demasiado poco persona aquel hombre ilustre, dicho sea con el mayor respeto al repúblico español a quien más admiraba a mis veinte años.

Me propongo presentar aquí las razones por las

que creo que el pueblo está en lo seguro al tender a personalizar los ideales políticos; que su propensión al fulanismo arranca de una raíz hondamente humana, y que le sirven mejor las personas que no las ideas.

Este ensayo va a ser, en su mayor parte, consecuencia y complemento del que bajo el título de *La ideocracia* publiqué hace tres años en mi folleto *Tres ensayos*.

Como he de empezar por consideraciones muy generales de psicología y sociología, ruego al lector que me las siga con paciencia, pues de ellas he de concluir la justificación del instinto intelectual que lleva a nuestro pueblo, y a otros muchos pueblos, por no decir a todos, a preferir los hombres a las ideas.

Y que no es esa tendencia de sólo un pueblo o unos cuantos pueblos, ni se limita a la política, se ve con sólo fijarse que en la historia de la filosofía, de lo que se habla es de aristotelismo, platonismo, cartesianismo, kantismo, hegelianismo, etcétera, tanto o más que de espiritualismo, materialismo, racionalismo, etc. El nombre de hegelianismo nos dice más que el de idealismo trascendental, y el nombre spencerismo, más que cualquier otro que adopte Spencer para designar a su sistema. Como que un sistema filosófico vale

tanto más cuanto más revele la personalidad de quien lo formuló.

Y entremos en materia.

Nada más arraigado en el hombre que su tendencia a antropomorfizarlo todo; como que arranca de su constitución misma mental. Tan arraigada está en él dicha tendencia, que no logran desprenderse de ella los que más la combaten. Cabe aplicarles el paso aquel de las aventuras del barón de Münchhausen, que aplicaba Schopenhauer a los que pretenden salirse de sí mismos y conocer las cosas como ellas son fuera de nosotros; el paso en que, habiendo caído el barón en un pozo, quería sacarse de éste tirándose de la coleta. Así vemos que a muchos de los que más declaman contra los estragos del antropomorfismo en la ciencia, no se les cae de la boca lo de la uniformidad y constancia de las leyes de la naturaleza, y ni se percatan, ni aun sospechan, que semejante principio es un postulado que no se induce de la experiencia, sino que se saca de nuestro modo de obrar, de nuestra conciencia y de nuestras necesidades prácticas.

Miles de veces se ha dicho y repetido que el concepto de fuerza, y otros análogos, lo sacamos

de nuestra conciencia, del modo como sentimos nuestro propio esfuerzo. Y del sentirnos unos a través de nuestras mudanzas y variaciones, es de donde, en realidad, sacamos la atribución de unidad proyectada luego a la naturaleza. Después de Kant, es esto ya de clavo pasado.

Necesitamos saber a qué atenernos; nuestras necesidades vitales nos exigen el que no estemos a merced de lo imprevisto e inesperado.

El eminente psicólogo norteamericano Guillermo James, en un precioso ensayo acerca del sentimiento de racionalidad ¹, escribe lo siguiente:

«La utilidad de este efecto emocional de la expectación es muy clara; tenía que traerla, más tarde o más temprano, la «selección natural». Es de la mayor importancia práctica para un animal el que pueda prever las cualidades de los objetos que le rodean; y en especial, que no vaya a quedarse quieto en presencia de circunstancias que estén preñadas de peligros o de ventajas: el que se acueste a dormir, por ejemplo, al borde de un precipicio; en la cueva de un enemigo, o que mire con indiferencia cualquier objeto que aparezca de nuevo, y que si lo caza, resulte una adición im-

¹ *The Sentiment of Rationality*, en el libro *The will to believe and other essays in popular philosophy by William James*, 1912.

portante para sus fines. *Es menester* que le excite la novedad. Y así es como toda curiosidad tiene una génesis práctica. No tenemos más que mirar a la fisonomía de un perro o de un caballo cuando se les pone a la vista algún objeto nuevo, su mezcla de fascinación y temor, para ver que en el fondo de su emoción hay un elemento de inseguridad conciente o de perpleja expectación. La curiosidad de un perro, respecto a los movimientos de su amo o de un objeto extraño, no se extiende más que hasta el punto de decidir qué es lo que va a suceder en seguida. Una vez averiguado esto, queda su curiosidad apagada. El perro que cita Darwin, y cuya conducta, a presencia de un periódico movido por el viento, parecía atestiguar un sentido «de lo sobrenatural», no estaba sino mostrando la irritación de un futuro incierto. Un periódico que podía moverse espontáneamente era una cosa tan inesperada en sí misma, que el pobre bruto no podía decir qué nuevos milagros le traería el siguiente momento.»

Retengamos esta preciosa explicación que da James al sentido de lo sobrenatural del perro citado por Darwin, y cotejémosla con aquella antigua sentencia de que fué el terror lo que primero hizo en el mundo a los dioses: *primus in orbe deos fecit timor.*

Es indudable que el espanto y la inquietud que un hecho inesperado, increíble, de esos que llamamos milagrosos —y para cada cual resulta milagro lo que de ninguna manera podía prever— nos causa, depende de que nos vemos perdidos, nos parece suspendida la normalidad de la naturaleza y nos preguntamos con terror: ¿qué va a venir después de esto? Es también el origen del temor que un loco nos inspira. Al ver hacer a un hombre una cosa en él inesperada e increíble, dado su estado normal, tememos lo que vaya a hacer en seguida y no nos sentimos seguros junto a él.

Es el origen del terror que causa a los hombres, sobre todo a los hombres incultos, a los salvajes y a los niños, todo lo que procede de un agente no humano cuyas vías y procederes no pueden prever. Y aun a todo el mundo, si yendo por un bosque le sorprende de pronto un disparo y siente silbar junto al oído la bala, se estremece y no se aquieta hasta haber visto de dónde salió el tiro. Y el que en el bosque le sorprenda una tormenta de rayos y centellas, le sobrecoje de pavor mucho más que el que le sorprendan tres o cuatro bandoleros, sobre todo si va armado.

Es que un hombre es un ser como nosotros, que procede como nosotros procedemos, cuyos caminos y modos de obrar conocemos, y contra el cual

nos es posible prevenirnos y defendernos de él.

Y así, para nuestra seguridad, necesitamos asimilar las potencias exteriores a nosotros mismos y buscar en sus procederles algo de nuestro proceder. Y de aquí la evolución del concepto de la Divinidad en la conciencia humana.

En esto estriba la diferencia mayor que media entre el Dios terrible del Sinaí, tronando desde su carro envuelto en las nubes de la montaña sagrada y lanzando rayos y centellas desde allí; el Dios que castiga los pecados de los padres en los hijos hasta la séptima generación; el Dios duramente justiciero, y el Dios del Evangelio, el Padre de Cristo, el Dios del perdón. La mayor originalidad del cristianismo en el orden religioso es haber descubierto la relación de filialidad entre el hombre y su Dios. Dios es el padre de Jesús, y Jesús es el hijo del hombre. San Agustín tiene en sus *Confesiones* un pasaje maravilloso, en que hablando de Dios dice: «¿Quién comprenderá, quién expresará a Dios? ¿Qué es lo que brilla así por momentos a los ojos de mi alma y hace latir mi corazón de terror y de amor? Es algo muy diferente de mí, y por eso estoy helado de miedo; es algo idéntico a mí mismo, y por eso estoy inflamado de amor.» No puede expresarse mejor el origen del miedo a Dios y del amor hacia él.

Téngase la idea que se quiera respecto a la Divinidad y al valor objetivo de esta creencia, el pasaje de San Agustín es de una gran profundidad psicológica, y lo será hasta para los que no creen en Dios. Porque éstos admitirán por lo menos, teniendo en cuenta el génesis y desarrollo de la idea de Dios en la conciencia humana, que Dios viene a ser nuestro yo proyectado al infinito. Esta proyección le hace, a la vez que algo como nosotros; algo en que podemos confiar, porque sus caminos y procederles son como los nuestros, una potencia antropomórfica, algo también enteramente diferente de nosotros, tan diferente como puede serlo lo infinito de lo finito, algo ante lo cual hay que temblar, porque puede sorprendernos, cuando menos lo creamos, con alguna cosa inesperada.

Aquí se ve la necesidad que tiene el hombre de antropomorfizar las potencias superiores y hasta el supremo concepto de la Divinidad. Y los que rechazan admitir ésta, antropomorfizan, sépanlo o no, queriendo o sin quererlo, la Naturaleza, la Ley, la Materia, lo que fuere. El mismo Inconocible spenceriano es, si bien se examina, una potencia antropomórfica, y lo es la Idea hegeliana.

Y he llegado al núcleo del razonamiento que vengo desarrollando, y este núcleo es el de que

la Idea hegeliana, que parece el triunfo del intelectualismo, de las doctrinas que sostienen el todopoderío de las ideas, la tal idea es una potencia antropomórfica, es una personalización. Y no podía ser de otra manera.

Una idea no es algo sustantivo y que exista por sí; supone siempre un espíritu humano que la conciba. Y cuando se intenta sustantivar la ideas, exteriorizarlas y darles valor objetivo y trascendente, como hacia Platón, se acaba por tener que buscar un espíritu trascendente en quien radiquen y que las conciba. La doctrina de los arquetipos o ideas preexistentes a los fenómenos tiene que concluir en una mente divina, en un Espíritu infinito y eterno, que de una manera o de otra les ha dado origen.

Y es que, repito, la idea no es para nosotros algo sustantivo; la idea no existe más que en una mente que la conciba. Y la idea en sí, abstrayéndola del espíritu que la abriga y le da calor de sentimiento y empuje de voluntad, es algo frío, inerte e infecundo. El acto intelectual no se da en el hombre sin alguna parte de sentimiento y sin alguna parte de voluntad, por pequeñas que estas partes sean.

Spencer ha sostenido, y con él otros psicólogos y sociólogos, que las ideas no rigen al mundo;

que el progreso de la humanidad se debe a los sentimientos y no a las ideas. Me parece que sería mucho más exacto decir que el progreso del género humano se debe a los hombres, a la sucesión de hombres diversos unos de otros, que al mundo no le rigen ni las ideas ni aun los sentimientos, sino los hombres, los hombres con sus ideas, sentimientos y actos.

Se me dirá que aun siendo cierto que sean los hombres los que rigen al mundo y propulsan el progreso del género humano, lo hacen con sus ideas y movidos por ellas. Pero aquí entra otra consideración, cual es la de la enorme diferencia que va de eso que se llama comúnmente una idea, de lo que cabe estampar en el papel y sugerir a otro a distancia, y la idea que vive y radica en una mente humana, inseparable de ella, no comprensible en su integridad, sino en esa mente, y la mente a su vez imposible, no siendo en el individuo tal, en Fulano o Zutano, con su cuerpo, su sangre y su vida.

Nos son más conocidos, mucho más conocidos, los hombres que las ideas, y por esto nos fiamos más en aquéllos que no en éstas. Un hombre es, con muy pequeñas variaciones, siempre el mismo, y una misma idea no es siempre la misma. Y no es siempre la misma, porque si existir es obrar y

sólo existe lo que de un modo o de otro obra, y eso que existe es según obra, vemos que una misma idea, lo que llamamos una misma idea, un concepto definido de una misma manera dos veces, produce en dos distintas mentes conclusiones diferentes.

Quiero decir que los dos individuos, Fulano y Zutano, sean A y B, obran en condiciones análogas de distinto modo, y lo mismo uno que otro se justifican y explican a sí mismos, y justifican y explican a los demás, esos sus dos distintos actos por la misma idea, sea *a*. Y no digo que sea la idea *a* la que produce distintos efectos en las mentes de A y de B, respectivamente, porque creo que las doctrinas religiosas, éticas, políticas o sociales que profesamos, no suelen ser las que determinan nuestra conducta, sino que son la manera como tratamos de explicarnos a nosotros mismos y de explicar a los demás nuestra conducta religiosa, ética, política o social. Más bien que detenerle a uno de hacer tal o cual cosa el temor al infierno, es que por sentir repugnancia —sin que de ordinario sepa por qué— a cometer ese acto, por lo que se imagina no hacerlo por miedo al infierno; no es la perspectiva del infierno lo que ha creado ese temor, sino a la inversa. El individuo A apoya un acto en la idea *a*, y el indivi-

dno B apoya un acto contrario en la misma idea *a*, y cada uno de ellos acusa al otro de inconsecuente.

Conozco pocas fórmulas más hueras y que mejor revelen la incapacidad psicológica de sus autores, que aquella tan socorrida en que, hablando de un pensador, se dice que «por una feliz inconsecuencia» dedujo tal o cual conclusión práctica de estos o aquellos principios. Es una fórmula terriblemente escolástica, es decir, que arranca del más desenfrenado intelectualismo que se conoce. Supone una concepción mecánica de las ideas, y como si éstas fuesen fichas o naipes, que se barajan y combinan en la mente siguiendo estos o los otros procedimientos de lógica formal. Y una idea no tiene valor sino en un espíritu, con sus raíces en él, íntimamente enlazada con otras, sin límites precisos que de ellas le distingan, formando parte de un todo orgánico.

Otra cosa vemos también, y es que un mismo individuo, el individuo A, explica y justifica hoy tal proceder suyo por la idea *a*, y mañana explica y justifica ese mismo proceder por la idea *b*; que cambia de ideas y no cambia de conducta. Los que han guardado intimidad con personas que han sufrido eso que se llama conversiones, han podido observar que el converso no ha cam-

biado de conducta cuando su conversión ha sido de especie mental.

Porque hay dos clases de conversiones —entre otras varias—, y es la una cuando se cambia de conducta, y es la otra cuando se cambia de doctrinas. Dejemos por ahora aquella clase y atengámonos a la segunda, advirtiendo, además, que puede también cambiarse de conducta y de doctrinas. Es muy corriente que un hombre modifique o altere las ideas que profesa como verdaderas o más cercanas a la verdad, y no menos frecuente que al modificarlas y alterarlas ni modifique ni altere su conducta. Puede suceder en estos casos que primero se dé a sí mismo y dé a los demás una explicación y justificación de su conducta, basada en el complejo de ideas que llamaremos *x*, y que después, estudiadas mejor las cosas, le parezca que su conducta, que sigue siendo la misma, se explica y se justifica mejor con el complejo de ideas que llamaremos *y*. Puede el dicho individuo creer, en una época de su vida, que si no comete ciertos actos que estimamos todos inmorales, es por temor al castigo o por amor al premio de ultratumba, y creer más luego que no era ésta la razón que le movía a no cometerlos, sino otra cualquiera, o a la inversa. Con todo lo cual no quiero sino explicar el

cómo las gentes juiciosas y desapasionadas proceden en la práctica de su trato con los demás, sin cuidarse apenas de las doctrinas que estos otros profesen o aseguren profesar, y ateniéndose ante todo y sobre todo a su conducta, tal cual de su manera de conducirse una y otra vez, en este y en aquel caso, resulta.

Inútil me parece insistir en esto y aducir pruebas de ello. En lo que sí quiero insistir es en un principio que ya he expuesto.

Decía que una de nuestras mayores necesidades es la de explicarnos el proceder de las potencias exteriores, para poder preverlo. Pues bien, esta necesidad se extiende a nosotros mismos. Sentimos la de explicarnos nuestra propia conducta, la de saber y conocer los móviles de nuestros actos, pues en otro caso no nos sentiríamos seguros ante nosotros mismos. Y de aquí el que no pocas veces que creemos hacer esto o lo otro por esta o aquella razón, nos equivocamos de medio a medio. Todos mis lectores conocerán el caso del hipnotizado a quien se le sugiere el que a los dos o tres días después vaya a tal hora a un lugar determinado, y se le vuelve en sí, se le deja, y en la fecha y hora sugeridas va al sitio aquel, sin que le falten mil razones con las que explica el cómo ha ido en aquel momento a aquel lugar.

Todos tenemos algo de este hipnotizado, y todos damos de muy buena fe ciento y una razones para explicar actos nuestros cuyo verdadero resorte último nos es desconocido.

Aquí cabe otra profunda expresión de San Agustín, también en sus *Confesiones*, y es cuando dice (lib. x, cap. viii, 5) que «ni yo mismo cojo todo lo que soy»: *nec ego ipse capio totum quod sum*.

De aquí el que cierto seguro instinto nos mueva a hacer poco caso de las ideas que expone un hombre para juzgar de su conducta, y que desconfiemos de todo el que nos dice: «haz lo que digo y no lo que hago». De aquí todo lo que se dice respecto a la predicación con el ejemplo.

Ya sé que apenas habré logrado convencer de mi tesis a los más de los españoles que me lean, y fundo esta mi presunción en que tengo a la clase española culta por una de las más terriblemente intelectualistas, lo cual no quiere decir intelectual. He de desarrollar alguna vez la idea de que aquí apenas caben ni el empirismo ni el racionalismo, y que propendemos a discurrir con conceptos secos, esquemáticos, recortados y barajables. Pero junto a esto, persiste el seguro instinto que nos lleva, por natural reacción, al fulanismo. Sabiendo cómo las gastamos, nos fia-

mos poco de las ideas de nuestros compatriotas, de todas esas fichas que tiene y exhibe nuestro prójimo español en el casillero de su mente, y nos atenemos a lo que hace y al carácter que se revela en sus actos. Es él mismo para nosotros una idea más rica, más viva, más fecunda, y, sobre todo, más segura que todas las que por su boca suelta o deja caer de su pluma. Y ya estamos en el fulanismo.

La verdad es que ir a ciertos pueblos con ciertas predicaciones, es tocar el violón ante un peral en invierno para que dé peras en seguida. La fe del pueblo es la fe del carbonero; no cree en el dogma, sino en quien se lo enseña; cree en la autoridad personal, y no en el principio abstracto. Cree que es verdad el contenido del libro cerrado y sellado con siete sellos, libro que jamás ha leído ni sabe lo que dice, y asegura creerlo porque Fulano o Zutano dicen que todo lo que el libro dice es verdad. Y ni puede ser de otra manera.

En Carballeda de Abajo o en Garbanzal de la Sierra, las más de las gentes no saben leer, y los que saben leer no leen apenas, y son pocas personas las que reciben periódicos, y a esas perso-

nas con cuatro noticias les basta. Ir a hablar allí de libertad de la prensa resulta ridículo. Como resulta ridículo ir a hablar de libertad de conciencia —con lo cual se entiende siempre la libertad de la conciencia religiosa— donde no puede decirse que haya conciencia religiosa, por mucha religiosidad que les supongamos a los que allí habitan. La experiencia les ha enseñado en no pocos pueblos que allí, en aquellos pueblos, sólo los perdidos dejan de oír misa —sin que esto quiera decir que no haya perdidos que la oigan—, y de ahí concluyen, con la lógica más natural del mundo, que quien no oye misa es un perdido. Y aquí de lo que decía un amigo mío, nada católico, que hallándose en un lugarejo fué a misa y le preguntaron cómo era eso. Y contestó: «Ni me conviene ni quiero que aquí ni en ninguna parte me tengan por un perdido; y como me costaría muchísimo más trabajo el convencer a esta gente de que se puede ser un hombre honrado, bueno y hasta santo y no oír misa, que no el oír, para que no me tengan por perdido la oigo.» Ya sé todo lo que a más de un lector se le ocurrirá a este respecto, y de que reprochará a este mi amigo; pero también sé lo que él contestaría a esos reproches. Y sigo.

Hay en España más Carballedas de Abajo y

Garbanzales de la Sierra que no Barcelonas, Madrides y Zaragozas, pongo por caso, o villas de cierta vida de relación. Y aún hay más; y es que el espíritu y modo de ser de esos lugarejos y aldehuelas se infiltra en las ciudades, villas y lugares de algún viso, mucho más que el espíritu y modo de ser de éstos en aquéllos. Hay en Madrid mucho de Carballada de Abajo o de Garbanzal de la Sierra.

Y como es así, el caciquismo prende que es un gusto, y las grandes ideas sólo sirven para que unos cuantos señores hagan la digestión del chocolate leyendo el periódico de cada día. D. Juan Fernández, nuestro buen cacique, hizo el puente de Carbajosa de la Ribera; impidió el desafuero que se quería cometer con el alcalde de Peraleda; es un hombre honrado, lleno de justificación, que se pone siempre del lado del menesteroso y del oprimido, y sus iniciativas han resultado provechosas siempre; y eso del fusionismo, o del integrista, o del progresista, o del tradicionalista, no saben lo que son ni aun los mismos que los inventaron.

Y no es sólo que D. Juan Fernández sea un cacique bueno, sino que es un hombre que tiene una manera especial de enfilear, considerar y resolver las cuestiones; y esa manera la conozco perfecta-

mente, aunque no sepa definirla, y me parece mucho más seguro que se resuelvan los problemas políticos a la manera de D. Juan Fernández, que no a la manera progresista o tradicionalista, aunque alguien pretenda saber definir estas maneras.

Y lo que se dice del cacique bueno puede decirse, invirtiendo los términos, del cacique malo.

Marx recalcó mucho en aquello de que hay que sustituir al gobierno de los hombres el de las cosas; mas aparte de que los hombres son también cosas, las cosas a que Marx se refería no pueden gobernarse sino por medio de los hombres. El pretender suprimir la autoridad de unos hombres sobre otros, es la más generosa a las veces, pero la más absurda siempre, de las ilusiones.

Y cuidado que si algunos tienen razón para pronunciarse contra el fulanismo y hablar del poder de las ideas, son los socialistas y anarquistas. Porque predicán al pueblo cosas de que puede aquél abusar, y sólo de aquellas cosas de que puede abusarse cabe usar.

Ni en Guizaburuaga, ni en la Muga de Sayago, se puede hoy abusar de la libertad de la prensa o de la libertad de conciencia; pero si se les dice a los vecinos de uno y otro pueblo que la tierra debe ser de quien la labre, o mejor, de nadie, y los frutos de quienes los recojen, y que no debe

pagarse renta, lo entenderán al cabo, y cabe que abusen de ello. Y de hecho vemos que en no pocas villas y ciudades abundan los obreros que entienden el socialismo por que se les duplique inmediatamente el jornal y se les reduzca a la mitad el tiempo de trabajo, sin advertir si eso es posible desde luego. No hace mucho presencié una huelga de unos obreros de una edificación, porque les pusieron capataz que les vigilase si trabajaban o no.

Mas aun estas ideas socialistas y anarquistas, que son tan claras y a la vez tan repletas de vida; que tocan tan pronto al fondo de los sentimientos; que son tan poco abstractas y esquemáticas; aun estas ideas no cuajan sino encarnando en tales o cuales hombres. Conocida es la especie de apotheosis que acompañó en Alemania a los funerales de Lasalle. Y es cosa singular que mientras los anarquistas protestan de ese culto rendido a las personas, multiplican los retratos de Bacunine, de Kropotkine y de otros y han inventado un culto, un verdadero culto, a sus héroes.

«Es menester que los hombres tengan ideas», suele decirse. Yo, sin negar esto, diría más bien, es menester que las ideas tengan hombres.

Lo que puede decirse es que las ideas no engendran más que ideas, y que sólo los hombres engendran hombres, aunque las ideas no puedan

engendrar ideas sino por medio de los hombres, ni puedan los hombres hacer hombres que sean verdaderamente tales, es decir, educarlos, sino por medio de ideas.

En rigor, aquí no cabe discusión; y al cabo de discursos y más discursos, de réplicas y contrarréplicas, nos encontraríamos en el punto mismo de partida los que ponemos a los hombres sobre las ideas, y los que ponen a éstas sobre aquéllos; los que creemos que las ideas han de servir a los hombres, y los que creen que son los hombres los que deben ponerse al servicio de las ideas. Ni hay en el fondo verdadera discrepancia, por cuanto comprendemos muy bien nosotros la posición que ellos ocupan, y comprenden ellos muy bien la posición que ocupamos nosotros. Todo se reduce a la estimación de la preferencia entre dos valores, y en toda cuestión de esta índole decide más el sentimiento que no el raciocinio.

Son consideraciones de orden práctico las que nos llevan a preferir los hombres a las ideas o éstas a aquéllos. Hay quienes creen comprender mejor las ideas que no los hombres, y que se sienten más seguros con aquéllas que no con éstos, y hay otros, en cambio, que no reposan ni se aquietan sino en personas a quienes conocen, desconfiando de todo cuerpo de doctrinas.

Los partidarios de la supremacía de las ideas tacharán a los que prefieren los hombres de que son poco capaces de comprender y apreciar aquéllas, y aducirán en propia defensa que el hombre es entidad poco de fiar y cuyo perfecto conocimiento es imposible. Por mi parte, me parece más imposible aún el perfecto conocimiento del alcance y validez prácticas de una doctrina. Preveo mucho mejor lo que podría hacer en pro o en contra de nuestra España D. Juan Fernández, que no lo que podría resultar en pro o en contra de ella de cualquiera de las innumerables recetas que para su curación se han dado.

Y conviene hacer notar que en esa desconfianza hacia las ideas pueden unirse, y de hecho se unen, los que apenas las han tratado y los que las han tratado mucho; aquellos que, por incultura y pocos estudios, se sienten poco aptos para penetrar en el contenido, valor y alcance de una idea, y los que, por mucha cultura y largos y prolijos estudios, han podido ver la enorme complicación y complejidad que encierra una idea cualquiera; pueden coincidir en preferir los hombres a las ideas los que viven sumisos en la vida práctica y pragmática, atados al empirismo vulgar y corriente, a los *hechos*, y los que se han elevado a las más altas esferas de la especulación, a la contemplación racional de las

cosas, a las *razones*. En medio quedan los que viven en el mundo de los *conceptos* definibles lógicamente; los que se satisfacen con construcciones arquitectónicas de conceptos; los que convendría llamar intelectuales.

Conocidísima es aquella antigua división de los hombres en carnales, intelectuales y espirituales, o como San Pablo los llamaba: *somáticos*, *psíquicos* y *pneumáticos*. La mayor parte de nuestra clase media culta, de los hombres de carrera, ha salido del carnalismo o empiricismo de los labriegos; pero no se ha elevado al espiritualismo de los hondamente racionales, a la visión serena y compleja de los asuntos; se cierne en un término medio, término de lugares comunes y de nociones de rutina, de conceptos hechos. Y de aquí el que pueda ocurrir, y ocurra muchas veces, que los que llamo espirituales y carnales se entienden entre sí frente a los intelectuales; que los *pneumáticos* resulten mucho más cerca de los *somáticos* que no de los *psíquicos*. Don Quijote podía entenderse, y se entendió a las mil maravillas, con Sancho; con quien no hubiera podido nunca entenderse era con el bachiller Sansón Carrasco.

Hay quien sostiene que así como la alta nobleza se entendió en la Edad Media en muchas partes con el pueblo de los campos en contra de los mer-

caderes y los francos, de los villanos o de las villas, así es muy fácil que la alta burguesía, la llamada aristocracia de la fortuna, se entienda con los jornaleros en contra de la pequeña burguesía.

Difícil es decir hasta qué punto puede ser esto exacto; pero lo que sí creo es que lo que se puede llamar la aristocracia del talento, la parte más elevada de entre los que piensan; los que se dan cuenta de las cosas por sí mismos y se crean sus ideas, en cuanto esto es posible, más bien que tomarlas hechas, suelen encontrarse en multitud de cuestiones mucho más cerca del sentir y el pensar del pueblo indocto, que no tiene más sabiduría que la que da la práctica de la ordinaria vida cotidiana, que no del sentir y pensar de los que vengo llamando intelectuales, de las gentes de cultura exclusivamente libresca, y cuyos entendimientos son más almacenes que fábricas. Y una de las cosas en que me parece que han de coincidir la aristocracia y la plebe de la inteligencia, frente a la clase media de ella, es en esto de preferir los hombres a las ideas; de estimar aquéllos más seguros, más ricos y más fecundos que éstas, y en justificar el fulanismo, por lo tanto.

No ya la vida toda de un hombre, sino las vidas de miles de hombres, prolongadas todas ellas mil

veces en su extensión, no bastarían para convencer a los más de los españoles de la clase media de la tesis antiintelectualista que vengo sosteniendo. Alguna vez he dicho que donde menos se lee es donde más hay que temer de las lecturas; y así puede decirse que donde hay menos ideas es donde más daño pueden hacer éstas. Nada más terrible que el intelectualismo de los intelectos pobres, ni nada peor que el idealismo de las ideas recortadas a patrón dialéctico.

Cada vez que en España se habla de programas de gobierno hay que echarse a temblar, y en cuanto se nos habla de aplicar tal o cual idea, lo más prudente es ponerse en salvo. Es preferible la aplicación de eso que se llama el «leal saber y entender» de tal o cual juez, sea cual fuere su cultura, porque ese saber y entender, cuando es de veras leal, suele ser expresión de un hombre entero y verdadero, y no de un ente de razón.

La política no debe regirse por lo que Kant llamaba la Razón pura, o por lo menos no debe regirse por ella principalmente, sino por lo que el mismo filósofo llamaba Razón práctica, pues la política entra y debe entrar en el dominio de la moral. Y lo peor es que los enemigos del fulanismo no es la Razón pura lo que pretenden aplicar, sino la impura, algo que si no es el arbitrio per-

sonal es el arbitrio ideal, no menos arbitrario, y menos seguro que aquel.

Presumo que muchos de los antifulanistas rechazarán mi opinión de que la política entra y debe entrar en el campo de la moral, y se me vendrán con todas esas distinciones entre lo político, lo social, lo jurídico y lo ético, con las que se llenaban tantas páginas de los tratados didácticos a estilo intelectualista. Claro está que el responder a los argumentos que habrían de aducirse exigiría tiempo, y que no es ésta ocasión de hacerlo; mas sin meterme ahora a escudriñar qué diferencia pueda haber entre lo que llamamos ético y moral y lo que llamamos político, en qué se separen y en qué se junten, y otras cuestioncillas tan escolásticas como éstas, me limitaré a decir que es la conciencia misma que llamamos moral la que creo debe aplicarse a la resolución de los problemas políticos, y que esa conciencia antes sufre daño que goza ventaja de dejarse trastornar por la casuística. Claro está que la conciencia moral resuelve mejor cuanto más iluminada esté la mente de quien la posea; pero esa iluminación no viene de los embolismos y teoremas de los tratadistas de ética. El que quiera perder la iluminación que su conciencia moral haya podido recibir de una meditación de las sencillas máxi-

mas, y sobre todo de las parábolas del Evangelio, parábolas tan llenas de elemento imaginativo, concreto y a la vez simbólico, no tiene sino enfrascarse en cualquiera de los infinitos tratados de teología moral, tan fastidiosos los unos como los otros.

Es cosa sabida que los políticos no poseen, por lo general, conocimientos especiales ni nada que se parezca a una técnica, y que hasta miran de reojo a los técnicos; su bagaje intelectual es la cultura general, en cuanto se les alcanza, y poco más. Un político, lo mismo va a un ministerio que a otro; está en potencia indiferencial respecto a unos y a otros. Hasta aseguran los que andan metidos en ello, que los teóricos —que es como los llaman— no resultan, y que para la política no es menester ser un sabio, y entiéndase que ni aun sabio en política es preciso ser para ella. Todo lo cual nos debe hacer comprender cuán poco hay que fiarse de eso que llaman ideas los políticos, y cuánto más importantes son ellos mismos.

La distinción más general que suele hacerse hoy entre los políticos, es la de liberales y antiliberales —con todas sus gradaciones—, y esta distinción es más de caracteres y maneras de ser que no de ideas. Conozco a un antiliberal, antes

que por sus ideas, por su manera de conducirse, y el antiliberalismo franco y resuelto, más que de un conjunto de ideas, procede de una disposición de ánimo, sin que pueda negarse el que dicha disposición no determine un conjunto especial de doctrinas.

Cuando el liberalismo o el antiliberalismo son no algo pegadizo, un *caput mortuum* de doctrinas que prenden en un espíritu o más bien se posan en él, y en él persisten en virtud de la inercia, cuando son tendencias espirituales escogidas de propio impulso y no conservadas de herencia, revelan una modalidad del carácter, un giro especial de las pasiones del individuo. Otras veces son efecto de la profesión u oficio y de las condiciones de la vida. Y en todo caso lo que más importa es el carácter de la persona.

La transigencia o intransigencia tampoco creo que dependan de la mayor o menor convicción con que se profesen las ideas o se finja profesarlas, sino que esa mayor convicción puede depender del espíritu de transigencia o el de intransigencia. Y no en el sentido de que hayan de ser los intransigentes los más convencidos de lo que afirman y sostienen, porque a ninguna persona razonable y serena se le ocurre exaltarse contra el que niegue un axioma matemático. Los verda-

deramente convencidos suelen ser los más tolerantes, los más tranquilos, los más caritativos. La intransigencia proviene de barbarie y falta de educación y pulimento, o de soberbia y bajas pasiones, no de firmeza de fe.

Con todas las cuales consideraciones no quiero sino remachar lo que en varias formas vengo sosteniendo, y es que importa más la persona que haya de aplicar estos o los otros principios teóricos de política, que no los principios mismos, y que los efectos de semejante aplicación dependen de la persona que los aplique, mucho más que de los principios mismos aplicados. Y todo ello concurre a justificar el fulanismo.

Abril de 1903.

RELIGIÓN Y PATRIA